

LIBRO SEGUNDO.

GRACIAS Y FAVORES DEBIDOS Á LA
PROTECCION DE SAN JOSÉ.

CAPÍTULO I.

*Proteccion de san José sobre las obras hechas
en su honor.*

Desde los primeros siglos del Cristianismo se cuenta un prodigioso número de iglesias y de capillas dedicadas en todas las partes del mundo bajo la invocacion de la Virgen santísima; y la mayor parte de estos santuarios, favorecidos con gracias sobrenaturales, se han convertido en lugares de peregrinacion, es decir, en puntos de reunion formados por la fe, acreditados por la confianza, y celebrados por el reconocimiento. Otro tanto, proporcionalmente, puede decirse de un gran número de Santos, y sobre todo de Mártires, cuyos sepulcros han sido y son todavía honrados en la Iglesia católi-

ca. Las tradiciones de todos los países y de todos los siglos han conservado su memoria; hechos incontestables y contemporáneos perpetúan á vista nuestra la cadena de esas tradiciones; ellos de mano en mano las transmitirán á los siglos futuros. El que traza estas líneas tiene un derecho para hablar de esta suerte; porque á una de esas peregrinaciones es deudor en gran manera de haber obtenido la facultad de andar, que la naturaleza le habia negado en su primera infancia ¹. Pero no nos alejemos de nuestro objeto, que debe conducirnos á san José.

Despues de haber notado tantos santuarios consagrados, ora á la Virgen santísima, ora á una multitud de otros Santos, que se han convertido en lugar de peregrinaciones, ¿no parecerá sorprendente y aun extraño que no podamos decir lo mismo de san José? Pero nuestra admiracion cesará, si consideramos que esas romerías no han tomado su origen sino en los sepulcros de los

¹ San Ferjus, titular de la iglesia del pueblo de Gionge, en el Marne, es invocado especialmente para las enfermedades de los niños. Las romerías que actualmente se hacen á esa iglesia son tan célebres y numerosas como las que se hacian á mediados del siglo XVIII.

Santos, y en presencia de sus sagradas reliquias, glorificadas antes por medio de prodigios. Mientras que san José no nos ha dejado ni su sepulcro, ni los restos de su cuerpo, la opinion general de los mas piadosos y esclarecidos escritores de diferentes tiempos es, que san José fue santificado aun antes de nacer, y por lo mismo es natural creer que fue el primero de todos los Santos que resucitaron el dia de la resurreccion del Salvador, sin dejarnos nada que pudiese atraerle los homenajes en los primeros siglos de la Iglesia; sobre lo que ya en otra parte hemos expuesto varias razones. (Lib. I, cap. IV).

Sin embargo, además de las capillas levantadas y de los altares erigidos en gran número á honor suyo, en estos últimos siglos, además del mes de marzo, que desde algunos años ha sido consagrado á su culto especial, ¿no es cierto que san José ha visto al fin formarse una verdadera romería en torno suyo, la que desde su nacimiento ha tenido frutos de vida por los favores y las gracias extraordinarias debidas á su intercesion? Un Padre de la Compañía de Jesús, animado en todo tiempo de una muy espe-

cial devocion á san José, meditaba continuamente qué podria hacer para contribuir á extender su culto, y propagar su gloria; y le ocurrió crear una romería en honor de tan gran Santo. Por difícil que le pareciese la ejecucion de su proyecto, procuró realizarlo; y ayudado de los socorros que le facilitaba la caridad de los habitantes de Laval, llegó á levantar una capilla que se bendijo el 19 de marzo de 1840, dia de la fiesta del Santo, bajo el nombre de *San José de los Campos*. Se distingue á la derecha del camino de Laval para Château-Gontier, y se va por una larga calzada de ciento y cuarenta varas, plantada de árboles. Dista de la ciudad una legua larga, á fin de que la distancia dé mas mérito á la devocion que conduce los peregrinos á la capilla. El altar de estilo gótico, lo mismo que el santuario, está coronado por la estatua de san José con el niño Jesús en los brazos: tambien se ven allí dos relicarios auténticos que contienen pequeños fragmentos de la capa de san José y del velo de la Virgen santísima, traídos de Roma por los Marqueses d'Ambray, que los donaron á este lugar sagrado. No es

esto todo : el sumo pontífice Gregorio XVI por sus breves de 1840 y 1842 concedió diversas indulgencias, así plenarias como parciales, á los peregrinos tantas veces cuantas visitaren la capilla. En fin, para favorecer mas y mas la devocion pública, algunas personas celosas ya han hecho fundaciones de misas para varios miércoles del año ; y es indudable que semejante ejemplo encontrará muchos imitadores para asegurar el mismo privilegio á todos los miércoles del año entero ; porque el dia cuarto de la semana, consagrado á san José por la piedad de los fieles desde hace mucho tiempo, ha sido adoptado para las reuniones de la peregrinacion. Entonces se celebran una ó muchas misas, y de ordinario la afluencia de piadosos asistentes es tan considerable, que la capilla apenas los puede contener.

Homenajes tan brillantes y puros no podian dejar de llegar hasta el corazon de san José, ni de atraer sobre la tierra algunos singulares favores. Solo citaremos unos pocos. Una persona de confianza, empleada como celadora en la comunidad de la Misericordia de Laval, fue atacada de una grave

enfermedad, cuyo principio se ignoraba, con una continua fiebre que la consumía, amenazándole una próxima muerte. Después de tres meses de agudos sufrimientos y de ineficaces remedios, perdió el médico la esperanza de aliviarla. La enferma, no esperando remedio en la tierra, acudió al cielo, haciéndose conducir á la capilla de *San José de los Campos* para pedir allí ó el alivio, ó la gracia de una buena muerte. Asistió á misa, recibió la Comunion, y se encontró aliviada. Al dia siguiente habia recobrado sus fuerzas de tal suerte, que pudo volver á desempeñar sus ocupaciones ordinarias.

El superior del hospital de Laval habia llegado al último extremo de una enfermedad grave ; los médicos (á excepcion de uno solo que conservaba alguna esperanza) reunidos en consulta declararon que no tenia remedio. En tal situacion, la comunidad comenzó una novena en honor de san José, é hizo voto, si el enfermo sanaba, de recibir gratuitamente una postulante al noviciado. Al momento el enfermo se encontró mucho mejor, y en pocos dias llegó á una perfecta

sanidad. En accion de gracias, cuarenta personas, todas casi de casa, fueron á *San José de los Campos*. El limosnero celebró la misa, y dirigió á los asistentes una alocucion sobre el inmenso crédito de que san José goza en el cielo, y sobre el uso que de él hace en favor de sus siervos devotos. La postulante, recibida gratuitamente en cumplimiento del voto de la comunidad, al fin, concluido su noviciado, hizo sus votos religiosos.

Una obrera de Laval fue atacada de una enfermedad de nervios que le causaba violentas convulsiones: despues de un año los accesos se repetian siete y ocho veces por dia. Pero, habiendo hecho una novena de oraciones á san José, el dia último se halló perfectamente curada. Al cabo de dos años de haber obtenido esta gracia singular, aun no pierde ocasion alguna de manifestar los sentimientos del mas vivo reconocimiento á su poderoso protector, ni deja de repetir su piadosa peregrinacion.

El reverendo Padre abad de la Trapa habia pedido á san José muchas gracias importantes tanto para sí como para su monas-

terio, y habia prometido, en caso de obtenerlas, contribuir en proporcion de su pobreza al decoro de la capilla. Todas las gracias le fueron concedidas; y el reverendo Padre para cumplir su voto doró con sus propias manos el altar de *San José de los Campos*.

Á las gracias sobrenaturales que acabamos de citar, seria fácil añadir otras no menos ciertas y notables, debidas á *San José de los Campos*; pero es necesario limitarnos. Mas si reflexionamos sobre el número muy considerable de *presentallas* colocadas á nuestra vista en la capilla, desde luego nos será permitido creer que ha habido un muy buen número de otras gracias que, no porque nos sean desconocidas, han sido menos reales y verdaderas. Esta reflexion es del reverendo Padre fundador de la peregrinacion de *San José de los Campos*.

CAPÍTULO II.

Proteccion de san José á santa Teresa, á la Orden del Carmen y á otras Órdenes religiosas.

Sin duda que el lector no habrá olvidado lo que tenemos dicho respecto de la tierna devocion que santa Teresa tuvo á san José, y de todo lo que ella hizo por dilatar su culto en el universo : vamos ahora á decir alguna cosa sobre el afecto todo paternal de san José para con su devota sierva, y de las pruebas milagrosas que le da, así como á toda la familia carmelita. Los hechos que citarémos están sacados de Bollandó, quien á su vez los sacó de las fuentes mas puras.

Santa Teresa casi desde su infancia comienza á experimentar la benevolencia y proteccion de san José. En su vida, escrita por ella misma de orden de sus superiores, refiere que despues de tres años de enfermedades violentas y continuas, que no le dejaban ni reposo ni esperanza de remedio, acudió á san José, que le dió la salud milagrosamente. (*Vida, cap. 6*).

Al principio de la reforma del Carmelo, el Señor le dió orden de apresurar la fundacion de su primer monasterio de Ávila, prometiéndole asistirla muy especialmente, porque allí seria servido con mucha perfeccion : le mandó igualmente que impusiese á esta primera casa reformada el nombre de san José, y le advirtió que iba á colocar en ella dos guardas tan fieles como vigilantes, siendo una de ellas María, su santísima Madre, y la otra san José, esposo de María.

Un dia la santa Fundadora se encontró en una necesidad extrema, sin tener dinero para pagar á los obreros su jornal, y á cualquiera parte á que volvia sus ojos no encontraba medio para salir de su afliccion. Entonces le apareció san José, y le ofreció ser no solamente su fiador, sino tambien su tesorero : le empeña su palabra de que jamás le faltaria dinero, y la obliga á tratar con los operarios, y á comenzar la obra. La Santa no tenia un centavo, y sin embargo hace lo que le dice san José. Este por su parte, cumpliendo su palabra empeñada, como fiel tesorero proporcionó á su sierva tanto dinero y por caminos tan extraordina-

rios, que todos los que fueron testigos del suceso no pudieron menos que admirarse.

Refiere igualmente que un día de la Asuncion, estando en oracion en la iglesia de los Padres Dominicos, le pareció que la vestian con un manto de una admirable blancura. Al principio no veia quién le dispensaba este honor, pero á poco distinguió á su derecha á la Virgen santísima y á su izquierda al santo José que la cubrian con ese rico vestido, dándole á entender que ya estaba purificada de todos sus pecados. Estando así vestida, y con el corazon lleno de una inexplicable alegría, le pareció que la Virgen santísima la asia de las dos manos, dándole las gracias y agradeciéndole que fuese tan devota y afectuosa con su sagrado Esposo; tambien le dijo que pidiera todo lo que creyese útil al bien del monasterio, prometiéndole que lo alcanzaria, y como prenda de la verdad de esta promesa le entregó una piedra muy preciosa y rica. Entonces vió en su cuello un magnífico collar, del que pendia una cruz de oro. En fin, los dos santos esposos se volvieron al cielo, seguidos de una multitud de espíritus angélicos, dejando á santa

Teresa inundada en una alegría celestial, y con un ardiente deseo, segun ella misma lo dice, de acabarse y consumirse toda entera en servicio de Dios.

Caminando con algunas de sus hijas, cuando iba á fundar un monasterio que debía llevar el nombre de san José, el Santo las salvó á todas de una muerte cierta é inevitable. Habiéndose extraviado el postillon en algunos parajes difíciles, los caballos llevaron el carruaje hácia un precipicio. Teresa, sobre el borde del abismo en que iban á precipitarse, dijo á sus compañeras penetradas de terror: «Queridas hijas mias, mis queridas hermanas, el solo medio de escapar de «la muerte es recurrir á nuestro buen padre «san José, é implorar su asistencia.» Así lo hicieron ellas, y al instante oyeron salir del fondo del abismo una voz que decia: «Deteneos, deteneos; si dais un paso adelante, todos pereceis.» Á esta orden, se pararon los caballos, y las religiosas preguntaron que de cuál lado era necesario volverse. La voz les indicó un paraje que parecia no menos peligroso que el en donde estaban: sin embargo obedecieron, y al momento se

vieron fuera de peligro. Entonces el postillon y los guias se creyeron en el caso de buscar aunque fuese en el precipicio al que les habia hablado, con el objeto de manifestarle su gratitud; pero no encontraron hombre alguno, ni aun vestigio humano.

Por su parte santa Teresa, que habia reconocido la voz que les diera un aviso tan importante y tan caritativo, no pudo guardar el secreto. «Amadas hijas mias, les dijo con emocion, en vano nuestros guias «buscan al que nos ha salvado de la muerte; nuestro libertador no fue otro que nuestro buen padre san José.» En otro viaje fue la Santa lanzada con un golpe de la rueda, que la arrojó violentamente en tierra: esta caida debió fracturarle alguna parte; pero san José vino á su socorro, y no recibió el mas ligero mal.

Vengamos ahora á referir algunos favores especiales que san José ha hecho á la Orden de los Carmelitas: los tomaremos del cronista de la Reforma de santa Teresa. Dos religiosos carmelitas descalzos de Granada salian del monasterio de religiosas de la misma Orden y de la misma ciudad, y repen-

aflicido á esas buenas almas negándose á sus

tinamente vieron venir á su encuentro á un hombre de edad bastante avanzada, de buen semblante y aspecto venerable, el cual se colocó entre los dos, y les preguntó de dónde venian. El mas anciano respondió que venian del convento de las Carmelitas descalzas. «Padres mios, replicó el desconocido, ¿por qué tienen ellas tanta devocion á san José? Esto es, respondió el mismo religioso, porque nuestra santa madre Teresa de Jesús era igualmente muy devota de este gran Santo, que poderosamente la favorecia en la fundacion de sus monasterios, y le obtenia mil gracias del cielo; así es que por reconocimiento puso el nombre de san José á casi todos los conventos que fundó. «Ya sabia yo esto, respondió el desconocido. Miradme al rostro, y tened á san José una devocion igual á la de vuestra madre; «y todo lo que le pidiéreis, lo alcanzaréis.» Á estas palabras desapareció, y los dos religiosos, por mas que hubieron mirado á todas partes, á nadie vieron. De vuelta á su convento, refirieron al superior lo que les habia ocurrido. «Era san José, les respondió; «por mí, y no por vosotros, ha sido esa apa-

vieron fuera de peligro. Entonces el nosti-

«ricion, porque yo no era tan devoto de san José como debiera serlo, pero en lo sucesivo lo seré.» Este acontecimiento tuvo lugar en 1584, dos años despues de la muerte de santa Teresa.

No tardó el Santo en realizar sus promesas. Las Carmelitas habian fundado el convento de Consuegra en España; pero la prematura muerte del piadoso fundador les privó de cási todos los recursos, al mismo tiempo en que comenzaban á levantar el edificio que debian habitar. No conocian á persona alguna que pudiese ayudarles, y en un momento se vieron reducidas á una extrema necesidad. Un Padre de la misma Órden, que á la sazón se encontraba en Consuegra, les sugiere el único medio de salir de la necesidad; fué á ver á la priora y le dijo: «Vuestro monasterio está bajo la invocacion de san José, nuestro padre; y con tal motivo le pertenece. Además, ya sabeis por experiencia lo que puede con Dios. ¿Queréis que os socorra? haced en su honor una solemne comunión; tengo confianza de que no se necesita mas para obligarle á sacaros de este mal paso.» Fue aceptado el conse-

asido á esas buenas almas negándose á sus

jo; y á la mañana siguiente, pasando el mismo religioso por la plaza pública, encontró á un notario que le dijo que habia sabido que las Carmelitas buscaban algunos fondos en clase de préstamo, aunque fuese con interés si era necesario, y que no podian encontrarlos; que él se ofrecia á prestarles este servicio de caridad, con tal que pudiese obtener el consentimiento de su mujer, quien tenia á esto una gran repugnancia. Entonces el religioso fué á ver á la señora para procurar convencerla, y la encontró tan deferente y generosa, que, léjos de oponerse al empréstito, le pareció que debia considerar como un favor el permiso de emplear su fortuna en continuar la fábrica de un monasterio. Á este cambio inesperado se reunieron otras circunstancias tan extraordinarias y tan felizmente conducidas, que fue imposible no reconocer la intervencion de un Santo celoso en cumplir sus promesas, y recompensar la fe de sus devotas siervas.

Su poder no se muestra con menos brillo en Zumaya, lugar de la Vizcaya. Algunas señoras de las principales del lugar se habian reunido con deseo de consagrarse á Dios

vieron fuera de peligro. Entonces el nosti-

en el estado religioso, sintiéndose llamadas á abrazar el Instituto de las Carmelitas descalzas, hijas de santa Teresa. Al efecto avisaron al obispo de Pamplona, su primer pastor. Este, solo en parte aprobó el proyecto. Fué á Zumaya para proponerles otra regla menos austera que la que habian elegido. Las buenas señoras renovaron sus instancias, llegando al extremo de gravar la conciencia del prelado, si las impedía seguir su vocacion. El obispo no se rindió, y les mandó elegir un Instituto cualquiera entre los que no prescriben la descalcez, dándoles para que deliberasen únicamente el tiempo que emplease en celebrar la misa, añadiendo que si en ese tiempo no habian hecho su eleccion, él mismo les indicaria la Orden á que debieran entrar. Dichas estas palabras se fué á la iglesia, y comenzó la misa. Las piadosas mujeres á su vez, en lugar de deliberar, suplicaron á Nuestro Señor que les concediese vestir el hábito y abrazar la regla de las Carmelitas descalzas. Su Majestad las escuchó por interposicion de san José. El Santo se apareció al obispo durante la misa, le reprendió fuertemente el haber

afligido á esas buenas almas negándose á sus piadosos deseos, y le ordenó que las facultase para abrazar la regla de santa Teresa. Concluida la misa, el obispo todo confuso fué á referirles la aparicion de san José, y la órden que de él recibió; poniendo el colmo á la alegría de las pretendientes el permiso tan deseado de abrazar la reforma del Carmelo, poniendo tambien la nueva casa bajo la invocacion del Santo, que tan abierta y claramente se habia declarado su protector.

San José en su cualidad de tutor y jefe de la sagrada Familia tiene adquirido un derecho de patronato sobre todas las familias cristianas, y especialmente sobre aquellas que haciendo profesion de seguir los consejos evangélicos son una copia mas perfecta de la Familia santa por excelencia. En el capítulo VII del libro I hemos desenvuelto esta doctrina; ahora vamos á robustecerla con algunos ejemplos.

En los primeros años del siglo XVII experimentó una grande afliccion la Orden de los Cartujos: no se presentaban pretendientes al hábito, y los noviciados estaban va-

cíos ; todas las casas iban á despoblarse poco á poco, y á consumirse á semejanza de un ejército que, si de tiempo en tiempo no recibe reclutas, insensiblemente se destruye y reduce á la nada. Con objeto de atender á esta necesidad se reunió un Capítulo general de la Órden en la Gran Cartuja. Los principales Padres, á fin de conjurar el peligro que les amenazaba, propusieron acudir á la proteccion de san José : seguido este dictámen, se decreta que la Órden entera reconoceria al Santo por patrono, y que en lo sucesivo su fiesta seria elevada al rango de las mas solemnes. El decreto fue ejecutado, y pronto se vieron sus efectos. Al momento se declararon las vocaciones, y se llenaron los noviciados de suerte, que cesó el temor ó la inquietud por la conservacion de esta Órden venerable.

La Cartuja de Lyon, una de las mas afligidas por el desconsolador vacío de su noviciado, se comprometió á celebrar semanalmente en honor de san José tantas misas cuantos sacerdotes habia en la casa. El Santo agradeció de tal modo esta práctica y la confianza que se tenia en él, que desde en-

tonces no cesó de enviar al noviciado nuevos sujetos llenos de fervor y determinados á abrazar todas las austeridades del Instituto.

Un monasterio de religiosas experimentó la misma proteccion de san José. Viendo las mas antiguas que por mucho tiempo no se presentaba persona alguna á solicitar el hábito, entraron en mucha inquietud. La prelada se sintió inspirada de recurrir á san José, y dispuso que todos los dias despues de la misa de comunidad se rezase la oracion del Santo. Apenas se comenzó esta práctica, cuando una jóven se presentó pidiendo con instancia consagrarse á Dios en esta casa. Admitida que fue, perseveró, y sus hermanas la consideraron siempre como hija de san José.

No en vano los monasterios pobres reclaman la proteccion de san José en sus necesidades temporales : santa Teresa y toda la Órden del Carmelo pueden ofrecer pruebas auténticas, como lo hemos visto en el capítulo precedente. Aquí solo citaré lo que he oido de boca de un superior de una de las casas profesas de la Compañía de Jesús, que

viven de limosnas. Me refirió que habia aprendido de dos Padres, respetables por su edad y por su virtud, á acudir al poder de san José en todas las ocasiones que la casa estaba en necesidad, y que jamás habia dejado de experimentar los felices efectos de su proteccion.

CAPÍTULO III.

Proteccion de san José sobre las almas que caminan á la vida interior.

Parece que Dios ha confiado especialmente á los cuidados de san José todas las almas recogidas; en recompensa de la vida oculta é interior que observó en la casa de Nazaret. No habiendo nada mas ventajoso para llegar á la perfeccion, ó al menos para acercarse á ella, que tener un director sábio y experimentado, vosotras, almas cristianas que procurais la vida interior, abandonaos á la direccion de nuestro Santo, y tened entendido que él os conducirá felizmente al término de la carrera que habeis emprendido. Apoyarémos esta verdad sobre un testimonio tanto mas sólido, cuanto que viene de

na tentacion venia á perturbarla, no hacia

un jóven que en medio del siglo habia conservado toda la inocencia y la simplicidad de la paloma. Se encontró un dia con un Padre de la Compañía de Jesús, quien despues de algunos momentos de conversacion reconoció en él una alma de predestinado enriquecida con gracias y dones tan sublimes, que no recordaba haber encontrado jamás otra, ó mas favorecida, ó mas adelantada en perfeccion. Su admiracion se aumentó cuando el jóven le dijo que hacia diez y ocho años que estaba sirviendo, y que jamás nadie le habia dado leccion alguna sobre la vida espiritual; y sin embargo hablabá de estas tan altas materias como un santo ó un teólogo. Entonces le preguntó si tenia devocion á san José, á lo que respondió el jóven: «Desde la edad de seis años Dios «me inspiró elegirle por patron.» Despues habló magníficamente de la santidad de José, y concluyó diciendo que este Santo era el guia particular de las almas que aman la vida oculta y espiritual.

Hé aquí otro ejemplo que confirmará esta verdad: Una religiosa de santa Clara estaba á punto de hacer los ejercicios espiri-